



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

- 5 - Rabí Zeev de Zitomir.
- 6 - Rabí Abraham Mordejay Alter, el Admor de Gur.
- 7 - Hoshea ben Beerí.
- 9 - Rabí Yaakov Meír.
- 10 - Rabí Israel HaCohén.
- 10 - Rabí Yeshaiá Meshorer.
- 11 - Rabí Yitzjak Yaakov Wais, Jefe del Bet Din de Jerusalem

PAJAD DAVID



Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto *ztz"l* y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto *ztz"l*

La grandeza del linaje del Pueblo de Israel

"Y fueron registrados por sus linajes, por las casas de sus padres..." (Bamidbar 1:18)

Rashí escribe: "Cada cual trajo sus actas de linaje y testigos de la autenticidad de sus nacimientos que comprobaba su afiliación a la tribu a la que pertenecía". Nuestros Sabios, de bendita memoria, dijeron que las naciones del mundo estaban celosas de Israel, y dijeron: "¿Qué tiene Israel de especial para que se agrupen según congregaciones y banderas, y no como nosotros?", a lo que HaKadosh Baruj Hu les respondió: "Traed vosotros vuestras actas de linaje", y las naciones no pudieron, porque se dieron cuenta de que no sabían de qué mujer, sierva o concubina provenían precisamente; no tenían un linaje puro como el de los Hijos de Israel. En esta parashá, se destaca el recato y la santidad del cuidado de la pureza del linaje del Pueblo de Israel, quienes se abstienen de incurrir en relaciones ilícitas, en contraposición a las demás naciones del mundo, que no cuidan la pureza del linaje.

Esta parashá se lee al comienzo de la temporada de verano, en que se requiere redoblar el cuidado de la vista. El hombre debe ser doblemente cuidadoso de no tropezar y transgredir en la calle al ver mujeres vestidas de forma inmodesta, pues, lamentablemente, es lo que abunda en la calle en esa época del año. Solo por medio del cuidado de la vista, el hombre puede evitar la transgresión, y cuidar su linaje y el de su familia.

El Midrash Rabá dice, acerca del versículo (Vaikrá 13:4): "Éste es el animal que no comerán", que HaKadosh Baruj Hu sopesó a todas las naciones y no encontró una que fuera apta para recibir la Torá, sino solo el Pueblo de Israel. En el libro Divré Yoel, se hace una objeción: "Hace falta explicar por qué el Midrash comparó el recibimiento de la Torá con la porción de la Torá 'Éste es el animal', que habla de los animales que están permitidos para el consumo y los que no.

"Con ayuda del Cielo, pienso que la respuesta se encuentra en lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Yalkut, parashat Bamidbar, rémez 684): 'Cuando los Hijos de Israel aceptaron recibir la Torá, las naciones tuvieron celos de ellos. Dijeron: "¿Qué tienen ellos de particular para que los acerques más que a cualquier otra nación del mundo?". De inmediato, HaKadosh Baruj Hu los llamó, y les dijo: "Traed vuestras actas de linaje así como los Hijos de Israel lo hicieron", como dice el versículo: "y fueron registrados por sus linajes"'. Por eso, la Torá nos nombró al principio de esta parashá, justo después de 'Éstas son las mitzvot...', y después escribió: 'Habló Hashem con Moshé en el desierto de Sinai: "Haz un censo..."' Las naciones no tuvieron el mérito de recibir la Torá debido a su linaje".

De estas palabras de nuestros Sabios, de bendita memoria, se puede entender que el motivo por el cual los Hijos de Israel tuvieron el mérito de recibir la Torá más que cualquier otra nación fue debido a su linaje, lo cual es una prueba de su recato. No se puede decir lo mismo de las demás naciones, las cuales no cuidan de su linaje. De esta forma, se puede entender por qué el Midrash relaciona el hecho de que los Hijos de Israel tuvieron el mérito de recibir la Torá con lo que ordenó HaKadosh Baruj Hu de no comer alimentos prohibidos, pues los Hijos de Israel

retienen sus impulsos y no se conducen como animales. Éste es el motivo por el que no es apto que los Hijos de Israel consuman animales impuros. Así dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: "Tus actos te acercan así como tus actos te alejan"; es decir, ya que los actos de Israel son adecuados, recibieron también la orden de comer alimentos igualmente aptos. No es así con el resto de las naciones del mundo, las cuales se conducen como el caballo en el campo o como el asno, sin tener conciencia o juicio; se conducen tal como los animales, y no hay razón por la cual prohibirles la ingestión de animales impuros, o cualquier insecto o cosa repugnante, para que aumenten en santidad, porque, de todas formas, ellos mismos son impuros por sus acciones y andan por senderos impuros.

Aprendemos de esto que el sendero del Pueblo Elegido no es como el de las naciones del mundo, porque el Pueblo de Israel dijo "Haremos y escucharemos", y cumplen la Torá con la boca y con el corazón, y la Torá se encuentra plantada en sus corazones. No se puede decir lo mismo acerca de las naciones del mundo —incluso de aquellas que con altivez hablan con arrogancia acerca del Creador del mundo—, porque sus actos se contradicen con sus palabras, y se comportan como individuos bajos, inferiores a las bestias.

Esta parashá está próxima a la festividad de Shavuot, la festividad de la entrega de la Torá, y, obviamente, en estos días se debe aumentar cada vez más en el servicio a Hashem, a la vez que cada cual se prepara para recibir la Torá a lo largo de siete semanas, en los días del conteo del Ómer, los cuales, son, de hecho, días de preparación para recibir la Torá. Y no se debe menospreciar siquiera los últimos días del conteo, ya que hace falta continuar en el servicio a Hashem y en la preparación previa a la festividad de Shavuot. Si el hombre menospreciare estos días, y redujere su servicio a Hashem, se puede asemejar a una pareja que se comprometió y se está preparando para la boda por meses y semanas. En la última semana, el novio descuida los preparativos, y llega a su palio nupcial vistiendo ropas nada agradables, no apropiadas para el gran evento. Esto no es correcto. Lo mismo ocurre con nosotros en esta época. Con todos los preparativos a lo largo de todos los días del conteo del Ómer, nos hace falta continuar con los preparativos espirituales hasta la festividad, santificándonos y purificando nuestros pensamientos, particularmente en los Tres Días de Limitación que preceden a la festividad, cuyas virtudes son muy elevadas, como escribió el Jidá extensamente en el libro Lev David, acerca de la gran importancia de los Tres Días de Limitación.

Incluso las mujeres tienen que prepararse espiritualmente, por medio de cuidar su recato y de observar las leyes del cuidado de la lengua y reforzando el resto de las mitzvot. Y la grandeza principal de las mujeres yace en la ayuda que les proveen a sus hijos al enviarlos a estudiar Torá, y en esperar a sus esposos. Por esta labor, les espera una gran recompensa, por todo esfuerzo que hacen y por las mitzvot que ellas les permiten a sus esposos cumplir gracias a esa ayuda.

Que sea Su voluntad que lleguemos al sagrado día de la festividad de Shavuot con santidad y con pureza, con la debida preparación. Amén.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita

¿Quién puede pasar la prueba?

Un día del mes de Iyar, 5771 (2011 E. C.), recibía al público en la yeshivá en París, y se suponía que iba a quedarme allí hasta tarde en la noche.

Sin explicación alguna, a las cinco de la tarde, se me ocurrió regresar a casa. Esto era totalmente incomprensible, pues a esa hora suelo atender al público que viene a la yeshivá en busca de consejo, a quienes siempre procuro ameritar. De todas formas, del dicho pasé al hecho, y me dirigí a casa. Mientras subía por las escaleras del edificio, vi que bajaban tres personas. No les presté mucha atención, pero cuando llegué a la puerta de mi apartamento, para mi sorpresa, encontré que estaba completamente abierta. De inmediato, comprendí qué había sucedido. Habían entrado ladrones a robar, y las tres personas que había visto bajar eran los perpetradores.

No obstante, por gracia Divina, ellos no habían tenido el tiempo suficiente para llevarse nada; aparentemente, uno de ellos estaba en la ventana, vigilando, y al ver que yo estaba regresando a casa, avisó a sus cómplices y todos se dieron a la fuga de inmediato. Vi la mano de la Divina Providencia, que me había puesto en la cabeza la idea de regresar de improvisado a casa. Al percatarme de esto, de inmediato, surgió en mi mente el versículo: “¿Qué puedo devolverle a Hashem por toda Su bondad para conmigo?”.

Obviamente, siguiendo las pautas de la ley local, llegó la policía con el fin de investigar los detalles de lo ocurrido y recolectar evidencias. Mientras revisaban toda la casa, uno de los policías me preguntó: “¿Cómo puede ser que el honorable Rav no tenga un televisor en su casa?”, y es sabido que en París es muy raro encontrar una casa que no tenga ese abominable aparato llamado televisor.

Le respondí: “¿Qué necesidad tengo yo de ese aparato? ¿Para ver todo tipo de abominaciones? ¿Derramamiento de sangre, idolatría, adulterio... cosas que corrompen el alma y acaban con la persona? Ustedes, en cumplimiento de su función como oficiales de policía, conocen muy bien cuánto pecan las personas y cuán peligroso es el solo hecho de andar por las calles. Está claro que los malhechores aprenden ese tipo de actos de los programas de televisión”.

Los oficiales solo asintieron con la cabeza en total acuerdo con mis palabras. A mi parecer, a algunos de ellos incluso les brotó una lágrima, y me

contaron, con mucho dolor, acerca de los duros problemas de educación que enfrentan con sus hijos debido a lo que éstos ven en dicho aparato.

Luego, los oficiales me entregaron un formulario y me solicitaron que lo completara; en éste debía declarar los artículos que me habían sido robados de la casa. Les dije que, baruj Hashem, no me habían robado nada.

Entonces, se dirigió a mí uno de los policías y me dijo sonriendo: “Es la primera vez que escucho de un allanamiento de morada que el afectado declara que no le robaron nada. Usted podría argumentar que le robaron artículos muy valiosos, por lo cual recibiría una compensación completa de la compañía de seguros”. Y agregó: “Así hacen muchos”.

Me sorprendió mucho lo que había dicho ese oficial y le dije: “¿Acaso es posible que por dinero yo llegara a mentir? ¡Jalilá! ¡Que nunca se me ocurra hacer tal cosa! Nuestra sagrada Torá nos prohíbe sacar una mentira de nuestra boca. Más aún, ello provocaría una terrible profanación del Nombre de Hashem. Pues, sin duda, en ese caso, se demandaría a los implicados en el allanamiento por lo que se llevaron, mientras que ellos, por su parte, argumentarían —honestamente, por un cambio— que no se llevaron nada. Resultaría, entonces, que mi declaración sería una mentira. ¿Cómo podría hacerle tal cosa a Hashem?”.

Los oficiales no pudieron ocultar su asombro al escuchar mis palabras, y, baruj Hashem, tuve el mérito de hacer una santificación del Nombre de Hashem con mi conducta. Obviamente, para mí, esto no representaba ninguna prueba en absoluto, pues una persona que se conduce según la Torá y las mitzvot sabe que así debe ser su conducta. Sus pensamientos deben estar apegados al Creador Yitbaraj y a Su Torá, y hacer la voluntad de Hashem Yitbaraj. Ni el oro ni la plata deben estar delante de él, sino solo la orden de HaKadosh Baruj Hu, y el hombre debe tener fe completa de que aun en los lugares más ocultos el ojo de Hashem lo está observando. Por ello, debe temer siempre del pecado o de la transgresión. Ciertamente, para aquel que no ha tenido el mérito, y se encuentra alejado de la vida de la Torá y de las mitzvot, la menor prueba le parecerá muy difícil de atravesar, y necesitará de mucha fuerza para tener éxito en superarla, pues no tiene Torá en sus manos, y no tiene las herramientas necesarias para enfrentar a la Inclinción al Mal.



Dívre Jajamím

Por qué el avrej dejó de estudiar con el abogado

“Y habló Hashem a Moshé en el desierto de Sinai” (Bamidbar 1:1)

¿Qué importancia tiene que la Torá aclare dónde habló Hashem con Moshé? Nuestros Sabios, de bendita memoria, estudiaron de aquí una gran moraleja que nos enseña lo siguiente: “La Torá fue entregada por tres medios: por medio del fuego, del agua y del desierto. Así como todos éstos son gratis para todo el mundo, así mismo, son las palabras de la Torá”.

Se relata una anécdota impresionante en el libro Keaial Taarog acerca de un avrej del colel de Pónevitz cuyo sustento era muy limitado. Dicho avrej contaba con una gran elocuencia para exponer las palabras de Torá a quienes lo escucharen, por lo que se dedicaba a enseñar a niños de los grados superiores y a jóvenes de yeshivá del primer ciclo en las horas libres que tenía entre los períodos de estudio.

Un día, le dijeron que había un abogado que deseaba impartir unas clases en el Bet HaKnését donde rezaba, pero que no sabía estudiar, por lo que estaba buscando a alguien con quien estudiar y estaba dispuesto a pagar a un avrej para que lo ayudara a preparar las clases. Lógicamente, tratándose de un abogado, el pago por hora que ofrecía era de acuerdo con el salario de un abogado y no con el de un avrej.

Dicho avrej fijó con el abogado que estudiarían dos horas una vez a la semana. Con esa única vez a la semana que estudiaría con el abogado recibiría mucho más que lo que recibía de los avrejm a cuyos hijos les enseñaba toda la semana. Esto lo alegró mucho, pues podría dedicarse a estudiar Torá en sus momentos libres en lugar de tener que enseñar a jóvenes.

Al culminar el primer mes de estudio, recibió su primer pago. Esa misma noche colocó sus anteojos sobre la mesita de noche al lado de su cama, como de costumbre, pero se cayeron y se rompieron. Las lentes de sus anteojos eran especiales y, consecuentemente, muy costosas. El costo de la reparación de los anteojos ascendió al mismo monto que había recibido del abogado.

Al mismo tiempo, el avrej no estaba muy a gusto estudiando con el abogado, por el enfoque que éste tenía respecto del estudio de Torá. Por ejemplo, cuando el avrej le exponía la explicación sobre las palabras del Rambam, el abogado le decía: “¿Está seguro de que el Rambam no estaba soñando al respecto? No cabe duda de que la idea que se está hablando aquí es brillante. ¿Para qué metes al Rambam? Yo lo voy a decir en la clase”.

Pasó otro mes más, y nuevamente el avrej recibió su elevado salario en efectivo. Al llegar a la casa, fue recibido con la noticia de que a su esposa se le había trabado la persiana y, al tratar de liberarla, ésta se desprendió, cayó y, por milagro, no mató a nadie, pero quedó completamente destrozada. ¿Y cuánto resultó el costo de la reparación? El mismo monto que había recibido del abogado.

Además de la “coincidencia” de la cifra del costo, el avrej vio que la circunstancia se había agravado, pues en ese caso había estado involucrado un peligro de vida. El avrej decidió ir a ver al Rosh Colel, Marán, HaRav Steinman, zatzal, y preguntarle acerca de todo lo que le estaba sucediendo. Marán lo escuchó con atención y seriedad, y sopesó todos los factores, además de la forma en que se había expresado el abogado, y le dijo al avrej:

“Cuando uno le enseña Torá a alguien puede estar motivado por una de dos razones. A veces, el enseñar Torá es para beneficio del que aprende, aun cuando, a simple vista, no haya un beneficio claro para el que enseña, como cuando se le enseña a un niño o a un báal teshuvá que está empezando; a simple vista, el que está instruyendo no tiene ningún provecho didáctico, sino solo el alumno. Por ello, es necesario que haya personas que enseñen, por lo que HaKadosh Baruj Hu les da su recompensa por otros medios. Y, a veces, el provecho lo obtiene el que enseña, como cuando se imparte una clase delante de personas que no prestan atención como es debido, o, en cambio, se trata de personas que pueden aprender por cuenta propia de la misma forma sin necesidad de la clase. Aun así, para ese instructor, la enseñanza es de provecho, pues él tiene que preparar la clase y saberse bien todos los puntos; resulta que el instructor tiene provecho porque estudia con mayor claridad. Ésta también es una razón para enseñar.

“Pero si no hay provecho para el que aprende ni para el que enseña, y todo el provecho que hay es solo dinero... por dinero no se estudia Torá. En tu caso, el abogado, que no cree que ésta sea la Torá de la verdad, no puede obtener de esto ningún beneficio, y tú tampoco obtienes provecho. Siendo así, es mejor que dejes de enseñarle”.

Haftará

“Vehaiá míspar” (Hoshea 2)

La relación con la parashá: en la Haftará, el Profeta Hoshea les avisa a los Hijos de Israel que se multiplicarán y serán como la arena del mar que no se puede contar. Esto se paralela con el tema de la parashá y el comienzo del libro del censo, en el cual se menciona y cuenta a los Hijos de Israel.



SHEMIRAT HALASHON

Cuidarse de que no haya daño

A pesar de que la aceptación de un chisme como verdadero —es decir, decidir en el corazón que es cierto—, está prohibido por la Torá, de todas formas, nuestros Sabios, de bendita memoria, dijeron que está permitido sospechar que es cierto.

Esto implica que uno que escuchó un chisme debe tomarlo como una simple sospecha, solo para cuidarse de aquella persona de la que se dijo el chisme, de modo de no llegar a ser afectado por dicha persona.



Perlas de la parashá

En el sendero de los Patriarcas

Lecciones en el estudio de Pirké Avot, por
Morenu VeRabenu, Rabí David Jananiá
Pinto, shlita



Todo proviene de Hashem

“Haced un censo de toda la congregación de los Hijos de Israel, por sus familias, por las casas paternas, según el cálculo de los nombres, todo varón, por sus cabezas” (Bamidbar 1:2)

Aparentemente, las palabras “según el cálculo de los nombres” están de más, pues ya se dijo al principio “Haced un censo de toda la congregación de los Hijos de Israel”.

Rabí Arié Leib Tzintz, zatzal, explica esta aparente redundancia en su libro Meló HaÓmer de acuerdo con lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Vaikrá Rabá 32:5), respecto de que los Hijos de Israel en Egipto no habían cambiado sus nombres, lo cual los resguardó de asimilarse entre los no judíos, porque sus nombres demostraban que eran descendencia de Israel, y no tenían por qué adherirse a los egipcios impuros.

Por lo tanto, el versículo mencionó “por sus familias, por las casas paternas”, para destacar que Israel se adhirió al linaje de sus familias, a la descendencia de sus patriarcas. Y ya que pudieron adherirse a sus familias y a las casas de sus patriarcas sin mezclarse con extraños, el versículo dijo: “según el cálculo de los nombres”, porque ellos mantuvieron los nombres de sus patriarcas en Egipto.

El Rav Yosef Berger, shlita, agrega, a nombre del Admor de Mishkoltz, shlita, lo que él acostumbra a decir en cada berit milá:

Bendecimos al recién nacido circuncidado: “Así como ingresó al pacto de Abraham Avinu, que ingrese a la Torá, a la jupá y a las buenas acciones”. Lo que esto quiere decir es que “así como por el mérito del nombre judío que recibió el recién nacido en el berit milá, así mismo que ingrese a la Torá, a la jupá y a las buenas acciones”; este mérito estará de su lado, y siempre se mencionará a su favor, en todo lugar, que él es un verdadero judío, con un nombre judío, como han sido nombrados sus padres y los padres de sus padres, y así de forma ascendiente hasta los Patriarcas sagrados. Ello provocará que él pueda continuar en el sendero de la Torá y del temor al Cielo, e ingresar a su jupá y realizar buenas acciones.

Misericordia particular para el que hace bondades

“Cada hombre según su bandera, por señales de acuerdo con la casa paterna, acamparán los Hijos de Israel, alrededor de la Tienda de Reunión acamparán” (Bamidbar 2:2)

En su libro Ben Ish Jay, Rabenu Yosef Jaím, ziaa, escribe una maravillosa alusión: aquellos que se ocupan de la mitzvá de tzedaká, preocupándose de sustentar a las personas menesterosas y que pasan hambre, tienen asegurado que HaKadosh Baruj Hu los agradecerá, y los acercará a Él más que a los demás.

Esto es de acuerdo con lo que se explica en el Tratado de Shabat 104a, acerca de lo que insinúan los nombres de las letras en hebreo guímel dálet, pues estos nombres se asemejan a la frase en hebreo guemul dalim (גמול דלים): ‘recompensa a los menesterosos’. Y así se puede explicar lo que dice el versículo con la palabra “alrededor” —que en hebreo se escribe מנגד—, que se puede dividir de la siguiente manera: מן ו ד-ג, que se traduce como ‘de la recompensa a los menesterosos’, y esto indica que “de” esta gran mitzvá en aquel que “recompensa al menesteroso”. Entonces, se aplica en dicha persona lo que dice el versículo: “alrededor de la Tienda de Reunión acamparán”, es decir, estará rodeada siempre de misericordia desde el Cielo.

Cuentas redondas

“Su cuenta, de la tribu de Reuvén: 64,500” (Bamidbar 1:21)

En la cuenta de los Hijos de Israel que figura en esta parashá, así como en otros lugares de la Torá, hay algo muy asombroso: las cifras siempre son redondas, carentes de unidades; a veces se presenta con centenas, y a veces incluso con decenas, pero nunca con unidades. Esto es de asombrar. ¿Cómo puede ser que todas las tribus tenían un número redondo de miembros?

Sobre esto, escribe Rabí Yeshaiá de Trani, zatzal: “Por lo general, los versículos no se ocupan de esto, como está escrito: ‘cuenten cincuenta días’, pero en verdad son cuarenta y nueve. Y, en otro ejemplo, dice el versículo: ‘golpéenle cuarenta [flagelaciones]’, y no son sino treinta y nueve”.

Y en el libro Taamá Dekrá escribe Marán, Rabí Jaím Kanievski, shlita, que en todas las tribus había centenas redondas, excepto en la tribu de Gad, que es la única que contó con cincuenta en su cifra. Esto se debe a que las cifras de unidades se redondeaban a la centena más próxima: si en la cuenta había menos de cincuenta, se redondeaba el censo a la centena previa, y si había más de cincuenta, se redondeaba a la próxima centena. Pero en la tribu de Gad, hubo exactamente cincuenta, por lo que el versículo tuvo que declarar la cifra exacta, a diferencia de las demás tribus.

Todo depende del sufrimiento y de la entrega total

“Con diez pronunciaciones, fue creado el mundo” (Avot 5:1)

Nuestros Sabios, de bendita memoria, dijeron que el hecho por el que fue creado el mundo con diez pronunciaciones, cuando pudo haber sido creado con una sola, se puede interpretar como que fue para hacerles saber a los habitantes del mundo que en el futuro HaKadosh Baruj Hu les dará una gran recompensa a los Tzadikim, que mantienen el mundo al cumplir con las mitzvot. Esto no lo podían saber las personas desde el principio, como dice el Profeta (Yeshaiá 64:3): “... ni ojo había visto, sino solo Tú, Dios”.

¿Cómo se puede entender que la razón por la que HaKadosh Baruj Hu creó el mundo con muchas pronunciaciones en lugar de haberlo hecho con una sola es para recompensar más a los Tzadikim? Se puede explicar de la siguiente forma: el cumplimiento de una mitzvá puede acarrear mucha recompensa, porque, a veces, dicha mitzvá incluye muchas otras cosas. Esto no lo sabe sino solo HaKadosh Baruj Hu; y todo depende del sufrimiento y la entrega con la que la persona cumple la mitzvá, y de acuerdo con los resultados de este cumplimiento.

Por ejemplo, una persona rica le da tzedaká a un pobre. El pobre va y compra pan. Cuando llega a su casa, él y los miembros de su familia se lavan las manos ritualmente para comer, bendicen por el lavado de las manos y por el pan, y después pronuncian el Bircat Hamazón. He aquí que todas estas mitzvot no fueron sino el resultado de aquella tzedaká que dio el rico.

Así mismo sucede en otro aspecto. Un rico da mil monedas en tzedaká, y un pobre da solo una; lo que dio el pobre le es máspreciado a HaKadosh Baruj Hu que lo que dio el rico. ¿Por qué? Porque el pobre dio con entrega total; para él esa sola moneda es un gran sacrificio. Para el rico, esas mil monedas que dio no implican un gran esfuerzo. Y ya dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Avot 5:23): “La recompensa va de acuerdo con el sufrimiento”.

Por lo tanto, HaKadosh Baruj Hu es meticuloso con Sus piosos hasta por el grosor de un cabello (Tratado de Yevamot 121b), mientras que con los malvados, extiende Su paciencia, a pesar de que ellos Lo enojan mucho. Hashem se desentiende de los actos de estos malvados, porque los Tzadikim, por medio de sus buenos actos, Le proveen de satisfacción a Hashem cada instante. Y cuando el Tzadik tropieza con algo pequeño, de forma instantánea HaKadosh Baruj Hu siente que una luz redujo su intensidad, por lo que lo corrige de inmediato. En contraste, un malvado hace muchas transgresiones constantemente, por lo que Hashem no es meticuloso con él por las cosas pequeñas; pero en el futuro, si el malvado no regresa en teshuvá, Hashem va a cobrar de él hasta por la cosa más ínfima. El que mantiene las cuentas, las tiene bien claras.

Esto también debe tomarse en cuenta y tenerse en mente todo el tiempo, pues, de acuerdo con el nivel del Tzadik, aquella transgresión con la que tropezó y con la que HaKadosh Baruj Hu es meticuloso con él, su castigo es mayor, mientras que por el mismo tipo de transgresión no es meticuloso con el malvado, porque todos los días éste se la pasa de transgresión en transgresión; no obstante, en el futuro, HaKadosh Baruj Hu se cobrará de este malvado todo junto.



"VHALELUHA"

Pautas para la figura de la éshet jaiel en Israel
En memoria de la Rabanit Mazal Madeleine Pinto

הִיְתָה כְּאֵנוֹת סוּחָר

"Es como las naves del mercader"

(Mishlé 31:14)

El Jozé de Luvlin, Rabí Yaakov Yitzjak HaLeví Horwitz, zatzal, fue conocido por su gran elocuencia y que siempre advirtió que había que tener cuidado extremo en todo lo que respecta a todo aspecto de la vida de la persona. Como es sabido, el Jozé de Luvlin logró una forma de profundización original, la cual había aprendido de sus maestros, el Maguid, Rabí Dov Beer de Mazritch y Rabí Elimélej de Lizensk, zatzal, y agregó a lo aprendido más dimensiones novedosas con las que profundizó en sus conocimientos, por la experiencia en la práctica.

En la ciudad, ocurrió un evento estremecedor que el Jozé de Luvlin utilizó para enseñarles a los jasidim una moraleja de la cual aprender, a partir de una estafa que se había perpetrado en aquellos días.

En la ciudad, había un conocido comerciante de gemas, de quien todos los ciudadanos compraban de la variedad de joyas que exhibía, las cuales fueron adquiriendo fama por su particular belleza y excelente calidad. Un día entró al negocio una señora elegante, por cuya apariencia se veía que era muy adinerada, y comenzó a seleccionar muchas y variadas joyas, de extremo valor.

El comerciante, que vio que se trataba de una mujer de medios, envió a uno de sus conocidos para que la ayudara a seleccionar parte de los diamantes. Cuando terminó de seleccionar, la señora tomó las gemas y caminó hacia la puerta.

El comerciante se dirigió a ella y le preguntó acerca del pago que le correspondía por las joyas. Ella le respondió que no tenía por qué preocuparse; su adinerado esposo, un gran y famoso médico, debía ver las joyas que ella había seleccionado para sí misma, y si dichas joyas hallaban gracia a sus ojos, él iba a pagarle el precio completo que le correspondía".

Al comerciante le pareció muy sospechoso, pero ella lo calmó diciéndole: "Si está preocupado, venga conmigo a casa. Allí podrá arreglar todo el tema con diligencia. Yo seré garante por la suma que reciba de mi esposo, quien indudablemente se alegrará de ver estas hermosas joyas".

El comerciante lo pensó un momento, y después le pidió a su conocido que permaneciera en el negocio mientras realizaba esa transacción, y se dirigió junto con la señora a su casa. Llegaron a una de las esplendorosas casas de la ciudad, y luego de atravesar varias barreras de seguridad y portones, entraron. Se le indicó al comerciante que tomara asiento y que esperara a que el esposo se desocupara. En efecto, así lo hizo, y esperó... y esperó... y no sucedía nada.

Angustiado, se dirigió a uno de los sirvientes y le preguntó dónde se encontraba el dueño de la casa. El sirviente le indicó que estaba al final del corredor, en una puerta interior. El comerciante dirigió sus pasos hacia allí, golpeó a la puerta con delicadez y escuchó que le indicaron que podía entrar.

Luego de unos minutos, el doctor, mayor de edad, se desocupó de lo que estaba haciendo. Se trataba de un doctor que se ocupaba de evaluar con precisión casos de personas con problemas mentales. Se dirigió al comerciante y le preguntó qué lo traía por allí. El comerciante le contó acerca de todo lo ocurrido, y le dijo que estaba esperando el pago que le correspondía.

El doctor le respondió: "En efecto, había escuchado de mi esposa que había un enfermo que estaba supuesto a llegar, y que tiene delirios de que todo el mundo le debe dinero en todo momento, y que piensa que es adinerado a pesar de que en verdad es pobre. Que incluso piensa que mi esposa le debe una exorbitante suma de dinero. No obstante", dijo el doctor, "antes de que pueda dedicarme a tratar su caso, tengo que hacerle varias preguntas".

El comerciante no podía creer lo que estaba escuchando. Comenzó a pellizcarse para asegurarse de que no se trataba de un sueño, a la vez que el doctor continuaba detallándole el tipo de tratamiento que iba a necesitar hacer en un caso tan difícil como éste. El comerciante se dio cuenta de que había caído en una trampa y había sido estafado, y casi se desmaya...

El Tzadik concluyó la anécdota diciendo: "Toda esposa puede ser una mujer virtuosa, que recolecta muchas mitzvot, pero a veces caemos en la trampa de la mujer, y le damos toda la 'buena mercadería' que tenemos a esa Inclinación al Mal que está oculta en ella, la cual nos pide que se lo vendamos todo a cambio de todo tipo de acuerdos y garantías dudosas, y solo después de un tiempo nos damos cuenta de la estafa".